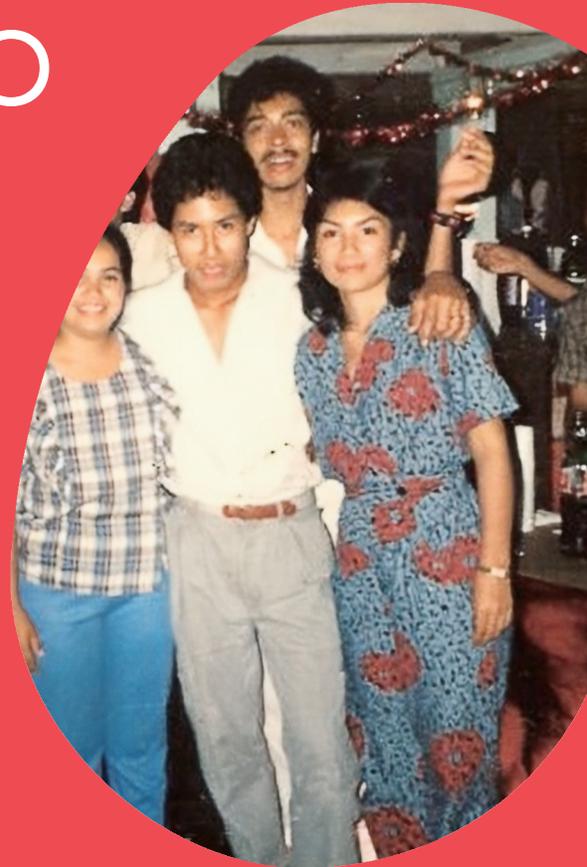


NARRACIONES PORTEÑAS

# AÑO NUEVO AL ESTILO PORTEÑO

Por Julio César Acosta V.



Fecha de Publicación  
Diciembre 2023

## AÑO NUEVO AL ESTILO PORTEÑO

A veces se dice que todo tiempo pasado fue mejor. Sobre este punto no hay aceptación general, pero la hay en cuanto a que cada época tuvo sus cosas buenas y malas, pero ante todo, diferentes. En algunas cosas, los porteños éramos distintos por algunas costumbres, no solo al resto de los chiricanos, sino a compatriotas de otras regiones.

Entre las costumbres propias del pueblo, se encontraba nuestra actitud y comportamiento, en lo referente a las fiestas de fin de año. La Navidad era una celebración para los niños. La fiesta en la escuela, las posadas, el nacimiento en la iglesia y la misa del gallo. Lo demás era la zozobra y hasta la angustia, que significaba la esperanza puesta en los juguetes que pudiera traer el Niño Dios. En muchos casos, la esperanza nos hacía soñar con juguetes ampliados por una lente de aumento, pero en la mañana nos podíamos encontrar con una ranita de metal, que croaba cuando se apretaba entre los dedos índice y pulgar.

Nada de bailes y fiestas para los mayores. Nada de intercambio de regalos ni tarjetas de Navidad; pero a partir de la fiesta de los niños, esperábamos como dice el Brindis del Bohemio, la llegada del feliz año nuevo. El año nuevo siempre ha sido una fecha de referencia, un punto de partida, el inicio de un viaje hacia el cambio de vida. La celebración es el ara en que depositamos promesas, convencidos de que el espíritu del año nuevo las hará realidad, pero en Puerto Armuelles la cosa iba más allá.

Hombres y mujeres se preparaban para las fiestas de año nuevo. Las mujeres, poniendo en manos de las modistas, las telas, los botones, los encajes y todo lo que fuera necesario para que, al vestirse, quedaran convertidas en princesas de media noche. Los hombres tenían soluciones más fáciles, ya que con lustrar los zapatos, cortarse el cabello, afeitarse, ponerse una camisa nueva y un pantalón bien planchado, estaban listos para la

fiesta..., porque dinero en el bolsillo nunca les faltaba. Aunque los muelleros siempre trabajaban de noche, la empresa sabía que era un pecado que hubiera embarque de guineos en la víspera de año nuevo.

En todos los barrios populares se afanaban muchas familias haciendo tamales el último día del año. Friendo chicharrones, preparando gallina guisada con macarrones y chocolate caliente. Era un ritual; la mayoría de las familias sentían la obligación de preparar comida para los de la casa y para todo el que llegara a visitarlos. Por supuesto que la cerveza, el ron o el güisqui era el complemento de las viandas.

La fiesta de fin de año era como un imán para los porteños. No importa en cuál lugar se encontraran, los ausentes hacían lo imposible para estar en casa, antes de la medianoche del último día del año. La falta de comunicación telefónica hacía que las madres y padres de hijos ausentes, rezaran para que se diera la sorpresa de que, a última hora, llegara el hijo esperado.

Lo expuesto es solo el preámbulo; aquí viene lo bueno. Los porteños despedían el año con un regio baile en el Club Social La Playa, amenizado por una de las mejores orquestas de la ciudad capital, pero aunque el salón de baile era grande, los bailadores tenían que contratar cuidadores de mesas, que les reservaran una, generalmente con un centro compuesto por una botella de güisqui, cuatro sodas, los vasos de vidrio y la cubeta con hielo. Desde las siete de la noche todas las rutas convergían en el Social; de todos los barrios populares, a pie, mujeres con su Tony recién hecho y hombres bien peinados y olorosos a la colonia Old Spice, hacían compañía a jóvenes, maduras y viejas, que con faldas ceñidas o con crinolina, acudían a la fiesta, en busca de una noche de éxtasis.

La sala de baile estaba repleta de abanicos de techo, pero la temperatura ambiental y la saturación de cuerpos en movimiento, al compás de los ritmos sincopados del mambo y la singular guaracha, hacían que por las mejillas de las parejas corrieran ríos de

sudor. Las camisas y las blusas se empapaban como si las parejas estuvieran bajo una pertinaz llovizna y al compás de los boleros, el colorete y los polvos de cara iban a posarse en la camisa de los hombres. Era la época en que las orquestas ofrecían varias piezas seguidas y luego venía un período de descanso. Se bailaba por sets, que alcanzaban para iniciar un romance y terminaban con una pareja de novios, pues en cada set había un bolero cómplice que hacía las veces de alcahuete.

A medida que pasaba el tiempo, el consumo de licor y el baile frenético convertían la sala en una ruidosa caldera, de gente alegre y despreocupada, pero el tiempo pasaba y de pronto, la orquesta tocaba los últimos compases y guardaban los instrumentos. Eran las once y treinta de la noche, entraban en funciones los cuidadores de mesa y pronto la sala quedaba vacía, pues los bailadores corrían a sus casas a esperar el año nuevo. La cuenta regresiva empezaba en 10, 9, 8, ..., 4, 3, 2, 1. Los fuegos artificiales y los gritos de feliz año nuevo, repetidos por mil gargantas, los abrazos entre amigos, los besos entre enamorados y la alegría familiar no tenía límites.

El nuevo año era mágico, las parejas de esposos que tenían conflictos conyugales se perdonaban las ofensas y los besos y abrazos daban fe del perdón. Los vecinos que podían tener meses de estar distanciados, reanudaban su amistad sin rencores. Amigos, viejos enemigos o forasteros desconocidos, eran invitados a comer y a libar licor sin medida en cualquier casa; donde se repetían los abrazos y los gritos de ¡feliz año nuevo!

Antes de la una de la mañana, se iniciaba la romería al Club Social; todos regresaban a sus mesas donde les esperaban las botellas de licor y sodas, como si los bailadores nunca hubieran estado ausentes. Se iniciaba un nuevo año, la fiesta volvía a cobrar intensidad; la música y el licor se convertían en celestina de nuevos amores y de nuevas amistades, en el marco del inicio de un nuevo año. ¡Qué tiempos aquellos!

Julio César Acosta

Panamá, septiembre de 2015.